

Chris Offutt

# NOCHE CERRADA

Traducción de Javier Lucini



Tucker, un jovencísimo soldado de Kentucky que mintió sobre su edad para alistarse, regresa de la Guerra de Corea con once medallas, cuatrocientos dólares de paga y un cuchillo Ka-Bar. De camino a casa, conoce a una adolescente en apuros con la que acaba casándose y formando una familia. Tucker, que se gana la vida transportando alcohol para el contrabandista Ananias Beanpole, es un hombre de pocas palabras y buen corazón. Sin embargo, no dudará en recurrir a la fuerza para proteger a su familia y reclamar lo que considera que es suyo.

Tras casi dos décadas sin publicar un libro de ficción, el autor de «Kentucky seco» regresa con una impactante novela ambientada en una recóndita región de gente humilde y contrabandistas de alcohol que combina lo mejor de la narrativa de Larry Brown y James M. Cain.

*Para Melissa Allee Ginsburg*

## Índice de contenido

Cubierta

Noche cerrada

1954

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

1964

Capítulo 5

Capítulo 6

1965

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

1971

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Agradecimientos

Autor

Regresé a casa a por mi familia, con la determinación de mudarnos lo antes posible a Kentucky, lugar que considero un segundo paraíso, a riesgo de perder mi vida y mi fortuna.

DANIEL BOONE

1954

## Capítulo 1

Tucker llevaba seis horas caminando entre la bruma que había comenzado a alzarse del suelo en olas resplandecientes desde primera hora de la mañana. Le adelantó un vehículo, un granjero con un cargamento de leña, dos niños de rostro huraño y una mujer flacucha con un bebé en brazos. Tucker sabía que no pararían. No culpaba al funesto conductor, con su sombrero ladeado en la cabeza para eludir el sol y un cigarrillo afianzado entre los dientes. El pobre diablo ya tenía bastante con lo suyo.

Tucker buscaba algo de sombra y, al final, dio con una franja proyectada por el pie de una valla publicitaria desde la que se le alentaba a comprar espuma de afeitar. Necesitaba un afeitado, pero ninguna fotografía, por muy gigante que fuera, iba a lograr convencerle para dejarse el dinero en algo que podía fabricarse él mismo con un poco de bórax, aceite y virutas de jabón. Dejó caer el macuto, abrió una lata de salchichas de Viena marca Libby's y se las comió con unas galletas saladas. Utilizó un abre botellas para destaponar un Ale-8 y se bebió la mitad.

Se le posó una cigarra en el antebrazo y admiró su cuerpo verde y sedoso, las patas traseras dentadas y la delicadeza de las alas. Eran más bonitas que los saltamontes y no se te meaban encima como las ranas. El insecto se echó hacia atrás y se hinchó, expandió el tórax y distendió las alas como disponiéndose a atacar. Tucker se la sacudió de encima. Arrojó la lata de salchichas vacía a una zanja invadida de asclepias y retomó la marcha.

El sol iba ganando altura. Necesitaba más sombra para echarse una siesta. En lugar de eso, le acabó recogiendo un veterano de la Segunda Guerra Mundial al volante de un viejo coupé del 39. El hombre no dijo ni mu en ciento cuarenta y cinco kilómetros y dejó a Tucker en el Puente Ripley. Tucker le dio las gracias, el conductor gruñó, lanzó un escupitajo por la ventanilla y se alejó.

Tucker, aún en Ohio, contempló la verde tierra inflada de Kentucky, que se extendía al otro lado del río. Se había marchado a principios de verano y regresaba ahora en plena primavera, con un invierno de guerra entre medias. Se dispuso a cruzar el puente. El viento lo hacía oscilar y se agarró a un puntal. Por un instante, le pasó por la cabeza la imagen de una docena de enemigos muertos esparcidos por un puente dinamitado cerca de la línea del frente, una demarcación que cambiaba cada semana. Si a Ohio le daba por atacar a Kentucky, lo primero que haría cualquiera de los dos bandos sería volar aquel puente por los aires. Ningún combatiente sabría distinguir al enemigo, igual que ocurría entre los coreanos del norte y del sur. Era la guerra de Truman, no la suya, pero había matado y habían estado a punto de matarle, y había visto a hombres temblar de miedo y llorar como niños. Llevaba los cuatrocientos cuarenta dólares de la paga del ejército en fajos bien apretados y distribuidos por todos los bolsillos de su atuendo. Las once medallas que había recibido iban al fondo del macuto.

Cruzó el puente y pisó por fin la tierra que tanto había echado de menos. Bajo la sombra de un sauce engrosado por su proximidad al agua, dividió una cerilla con la uña del pulgar, guardó una mitad, se encendió con la otra un Lucky y reposó la cabeza sobre el macuto. Las hojas oscilantes del sauce dispersaban la luz y la sombra, creando un tamiz caleidoscópico que lo arrulló suavemente hasta que se quedó dormido.

Se despertó de un sueño sin sueños y se puso alerta al momento; se relajó en cuanto se filtró en su mente la conciencia de dónde estaba. Se encendió otro Lucky. Expulsó un aro de humo que se disipó como si alguien le hubiese dado un martillazo. Por encima de los árboles se alzaba el campanario de una iglesia, lo que le indicó que estaba cerca de un pueblo, pero no sabía ni de qué pueblo se trataba ni en qué condado se hallaba. Le daba igual. No le gustaban los pueblos; demasiada gente haciendo demasiadas cosas a la vez, y el tedio de la repetición y el ruido. Se preguntó vagamente qué día sería, qué mes.

Bebió de su cantimplora y se encaminó hacia el este. Caminar le reconfortaba. Disfrutaba poniendo las piernas en marcha, como una máquina que estuviese a su cargo; el peso del macuto en la espalda, la presión familiar que tiraba de sus hombros. Por hábito, seguía redistribuyendo el peso para acomodar el fusil que ya no llevaba. No llevar un arma le turbaba vagamente, como le turbaría a un lisiado la ausencia de un miembro amputado.

Se había criado entre armas, para él eran tan comunes como las palas, pero había llegado a profesarle un genuino afecto a su carabina M1. Al ser el más bajito y el más joven del pelotón, rara vez abría la boca. Sus primeras palabras fueron en respuesta a un cabo que le preguntó si le gustaba su fusil. Tucker le respondió: «Dispara bien», y al momento se abatió el silencio sobre el resto de los hombres, tan repentino como una red. Se miraron entre sí y comenzaron a carcajearse. Cuatro murieron en combate y ya no volverían a reírse de él.

Oyó el traqueteo de un motor forzado de cinco cilindros, similar al jadeo de un perro tullido. Era una camioneta. Se apartó hacia la maleza para dejar que lo adelantara. Le faltaba una de las cadenas de la compuerta trasera. La luz del día se filtraba por los agujeros herrumbrosos del parachoques y llevaba una matrícula de Ohio sujeta con alambre. La camioneta redujo la velocidad hasta igualar el paso

de Tucker. El conductor no dejó de revolucionar el motor cuando alzó la voz por la ventanilla.

—¿Necesitas que te lleve a alguna parte?

Tucker asintió.

—Pues venga, sube. No puedo parar del todo porque lo mismo luego nos deja aquí tirados.

El conductor se inclinó por encima del asiento corrido y abrió de un empujón la puerta del acompañante. Al alcanzar el límite de los goznes, rebotó y volvió a cerrarse.

—Maldita puerta —dijo el conductor—. Si tienes intención de subir, hazlo ya.

Tucker siguió caminando sin despegar la vista de la camioneta, una Chevrolet de 1949 con la rejilla pintada, los laterales abollados y la caja ligeramente torcida a causa de una suspensión defectuosa. Con un solo movimiento fluido se encaramó al estribo oxidado, abrió la puerta y se deslizó en el asiento corrido de cuero cuarteado. La rapidez con que actuó sobresaltó al conductor. La camioneta dio un breve bandazo, pero el hombre enderezó la trayectoria y avanzaron unos cuantos kilómetros sumidos en un silencio solo interrumpido por el ruido metálico del motor, un sonido que no tardó en irritar a Tucker porque no le cabía en la cabeza que pudiese haber alguien capaz de desatender así una máquina que necesitaba mantenimiento. La luz del sol se reflejaba en el río, su superficie resplandecía como manteca de cerdo.

El conductor tensaba el brazo izquierdo para compensar los constantes tirones de los neumáticos mal alineados. La camioneta era de su cuñado, más que nada un imbécil que se pasaba el día con un pitillo humeante en el hueco del diente que había perdido. Atornillada al salpicadero, llevaba una lata de café llena de arena y colillas.

El hombre no dejaba de lanzar miradas de reojo a su pasajero. Aquel muchacho llevaba el pelo cortado a cepillo y unas botas de color marrón rojizo anudadas por delante. Una camisa militar con un parche de una señal roja de STOP

con una especie de dragón bordado en oro. Probablemente se trataba de la camisa de faena de su hermano mayor, y se la había puesto para honrar su memoria, o quizá fuese simplemente que el dinero no daba para más. Las familias de la orilla, del lado de Kentucky, no tenían ni dónde caerse muertas.

—¿Buscas trabajo? —dijo el conductor.

Tucker negó con la cabeza.

—Si quieres fumar, rebusca en esa lata. Hay suficientes colillas para liarse uno.

Tucker iba mirando por la ventanilla. Se había pasado horas en vehículos de transporte junto a hombres a los que les gustaba hablar, y había aprendido a ignorarlos concentrándose en el paisaje. El impulso de la camioneta iba bariendo los bulbos translúcidos de los dientes de león en minúsculos remolinos. Tucker se preguntó de forma imprecisa qué distancia podían llegar a recorrer las semillas de los dientes de león en la brisa, y si todos los dientes de león del planeta procedían de un antepasado común. La puerta de la camioneta traqueteaba medio suelta en el enganche. Un trepador descendió cabeza abajo por el tronco de un nogal y Tucker recordó haber intentado imitar aquella proeza de crío. Se la pegó varias veces, a la sexta lo dejó. Era su pájaro favorito, un secreto que se guardaba para sí mismo. Los niños tenían pájaros favoritos y las mujeres daban preferencia a ciertas mascotas. En caso de apuro, los hombres se decantaban por los caballos.

—La he tenido con mi señora —dijo el conductor—. No me ha quedado otra que salir escopetado de casa, alejarme del porche y cruzar el jardín. ¡Joder, ha sido tan horrible que me he tenido que largar del estado! De vez en cuando le entran esas ventoleras, se pone a cerrar de golpe las puertas de los armarios y a aporrear los muebles con las sartenes. Te tienes que poner a cubierto. Su hermano vive enfrente y me llevé su camioneta. Es un inútil. ¿Te gusta? A mí no. Le cuesta tirar, pero puedo tratarla como a una mula

prestada. Que en realidad es lo que es, si uno se para a pensarlo, ¿no crees?

Tucker asintió. Ahora que casi había cumplido los dieciocho y contaba con la paga de veterano, estaba listo para buscarse esposa. Pero nada de pueblerinas, y menos aún de Ohio.

—Un hombre ha de ser libre, ¿o no? —dijo el conductor—. ¡La madre que me parió, si ya lo dice mi propio nombre! Tom Freeman<sup>[1]</sup>. Ahí mismo lo pone, en mi apellido. ¿Qué le voy a hacer? La cosa me viene de cuna. Pero qué te voy a contar yo a ti, que andas todo el santo día vagabundando por las carreteras. ¿No serás un fugitivo? Dicen que la delincuencia juvenil está despedazando este país como si fuese un pollo. Y la culpa es de los tebeos. Tú no serás de leer tebeos, ¿verdad?

Tucker sacudió la cabeza. Los tebeos costaban diez centavos, cinco si las cubiertas estaban en mal estado, y ese dinero siempre se destinaba a bienes de primera necesidad. Hasta el último centavo que ganó de niño se lo entregó a su madre para llenar la despensa. Ella nunca compró ropa ni artículos de mercería, y ni qué decir tiene que sus hijos jamás perdieron el tiempo con tebeos. Cuando murió, Tucker se alistó. Al otro lado del océano, recibió una carta de casa, un sobre arrugado con la letra de su hermana embozonada en un trozo de bolsa de papel marrón, una noticia triste: su hermano pequeño se había caído en un pozo y se había ahogado.

—Dime una cosa —dijo el conductor—. Me da lo mismo que andes huyendo, no quiero meterme donde no me llaman. Pero ¿por qué llevas esa ropa con ese parche del dragón? Cualquiera te tomaría por uno de esos cabezas hueca a los que les gusta jugar a la guerra en el bosque. ¿No serás uno de esos? ¿Te has escapado de casa para dártelas de soldado?

Tucker volvió despacio la cabeza, seguida con más lentitud de los hombros y el tronco, y fulminó al conductor con

la mirada. Freeman dejó de hablar al instante, como si le hubiesen puesto un corcho a una botella. Los ojos hundidos del chico eran de dos colores, uno azul y el otro marrón. Freeman tenía entendido que ese fenómeno se daba en algunos gatos, nunca lo había oído de un ser humano.

—Es un grifo —dijo Tucker.

—¿Eh?

—No es un dragón.

—¿Y dices que es un grifo?

Tucker asintió.

—¿Y qué diablos es eso?

Tucker se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia el otro lado. Freeman sintió un alivio similar al que experimentaba cada vez que su esposa se giraba encolerizada para poner punto final a una conversación. Había empezado su vida profesional cargando un afilador portátil y ayudando a su padre. Afilaban cuchillos a domicilio. Su padre llevaba siempre una pistola oculta y media pinta de alcohol, dispuesto en todo momento a congraciarse o pelearse con quien se le pusiera gallito. Freeman hacía lo mismo. Se le pasó por la cabeza detener la camioneta y echar al chico. Pero no tenía ningunas ganas de volver a la tensión del hogar y llevaba ya un buen rato esperando toparse con alguien con quien beber. Iba a tener que ser aquel chaval. Tras unos cuantos tragos de matarratas de centeno, se le soltaría la lengua y seguro que acabaría explicándole qué quería decir exactamente con eso de que aquel dragón era un grifo.

Seguían el curso del río y aunque no se llegaba a divisar su cauce a causa de los árboles y la espesura, Tucker podía oler el agua. El sudor se le escurría bajo la ropa. Agradecía el calor, esperaba no volver a pasar frío después de aquel invierno coreano. En cierta ocasión, durante una emboscada, tuvo que permanecer tanto tiempo tendido en el suelo que la ropa se le congeló y se quedó pegado a la tierra. Junto a la carretera, en la cuneta, las forsitias se balancea-

ban, sus hojas reverdecían y se sobreponían a las flores amarillas. Tendría que haber continuado a pie. Decidió apearse en el siguiente cruce. Si alguna vez se veía de nuevo obligado a viajar en un vehículo, sería con él al volante. A partir de ese instante, Tucker permaneció atento al primer desvío. Saltaría y se mantendría apartado de la gente.

La carretera seguía hacia el este, con algún desvío al sur para sortear los meandros del río, entre zonas sombreadas por los arces. Redujeron velocidad para tomar una curva pronunciada y Tucker vio una mocasín de agua acomodada sobre las ramas bajas de un árbol. Más adelante, una zari-güeya se escabulló para quitarse de en medio. Freeman, entre risotadas, viró para llevársela por delante, pero se le escapó por los pelos. El chico no acusó la menor reacción y Freeman comenzó a pensar que tenía algún cable suelto. Por un segundo, reconsideró la idea de suministrarle alcohol a un posible fugitivo descerebrado.

La carretera describió a continuación tres curvas cerradas antes de encarar un tramo recto. Freeman se hizo a un lado para meterse en una zona ancha del arcén, bajo un roble. Puso el motor en punto muerto y lo hizo rugir pisando el acelerador para mantenerlo al ralentí. Tucker posó la mano en la manija de la puerta.

—No corras tanto, grifo —dijo Freeman—. Mira lo que tengo aquí.

Freeman empuñaba una pistola calibre 38, no de una manera particularmente amenazante, pero casi no mediaba distancia entre ellos. Tucker se hundió en el asiento, ofreciéndole el costado para reducir el blanco y proteger sus órganos vitales.

—Abre la guantera —dijo Freeman.

Despacio y con mucha cautela, Tucker presionó el botón que soltaba la trampilla del salpicadero. Estaba oxidada y atascada. Movié el pulgar sobre el botón, pero no respondía.

—Tienes que darle un golpecito fuerte con los nudillos —dijo Freeman.

Tucker golpeó el botón y se abrió. Dentro había tres pliegos de cupones S&H pegados entre sí, una caja de polvos BC para el dolor de cabeza, un Zippo y un frasco con un líquido transparente. Freeman lo señaló con la pistola.

—Saca el frasco —dijo.

Tucker alzó aquel tarro diseñado para conservar verduras en otoño. Freeman presionó el cañón de la pistola contra el grifo que ocupaba el centro del parche de la 108.<sup>a</sup> División Aerotransportada.

—Muy bien —dijo Freeman—. Ahora métete un traguito entre pecho y espalda.

Tucker abrió la tapa y enseguida le asaltó el aroma punzante del alcohol de maíz. Se llevó el tarro a los labios sin perder de vista la pistola. La boca se le anestesió y le ardió la garganta. El calor se le expandió por el pecho y los brazos.

—Otro más —dijo Freeman—. Pero esta vez no te cortes.

Tucker volvió a echar un trago respirando por la nariz, las lágrimas le corrieron por las mejillas. La fuerza del alcohol se abatió sobre él como una borrasca y se le despejó la mente de golpe. Bajó el tarro y esperó.

Freeman lo examinó de cerca, se preguntaba si la crudeza del alcohol podría llegar a alterar el color de sus ojos. No sería la primera vez que veía algo así, aunque por lo general simplemente enrojecían.

—Está rico, ¿eh? —dijo Freeman—. Pero no habrías bebido si no te hubiese encañonado, ¿a que no?

Tucker sacudió la cabeza una sola vez, despacio. Freeman retiró el dedo del gatillo y le ofreció el revólver.

—Venga —dijo Freeman, con una enorme sonrisa—, ahora oblígame tú.

Comenzó a partirse de risa, como si acabase de redescubrir las mismísimas fuentes de la hilaridad. Era una broma